

El Inconsciente: Una Mirada sobre su Historia y sus Retos Actuales

Ana Lorena Domínguez Rojas y Jaime Yáñez Canal

Universidad Nacional de Colombia (Colombia)

The Unconscious: A Look at its History and its Current Challenges

The various characterizations which the unconscious has been associated with, have forced the creation of an organizational scheme of the present discussions even before the birth of experimental psychology. We have distributed these debates in three areas of analysis, the first one corresponds to the positive-negative characterizations, the second one refers to the look of the unconscious as an active-passive and the third studies the problem of the subjectivity associated with the unconscious activity. The aim is to show how these first considerations regain strength in the current debates about the role of the unconscious in the study of the human mind and its relation to consciousness. In the final section, we point out some of the aspects that current research should take into account on the unconscious and potential challenges in this exciting task.

Keywords: unconscious, consciousness, history of psychology, subjectivity, cognitive science.

Las variadas caracterizaciones con las ha estado asociado lo inconsciente obligan a la creación de un esquema organizador de las discusiones presentes incluso antes del nacimiento de la psicología experimental. Estos debates los hemos distribuido en tres ejes de análisis, el primero que corresponde a las caracterizaciones positivo-negativo, el segundo que refiere a la mirada de lo inconsciente como activo-pasivo y el tercero que estudia el problema de la subjetividad asociado a la actividad inconsciente. El objetivo es mostrar cómo estas primeras consideraciones vuelven a tomar fuerza en los debates actuales al respecto del papel del inconsciente en el estudio de la mente humana y su relación con la consciencia. En la parte final señalamos algunos de los aspectos que debería tomar en consideración la investigación actual sobre lo inconsciente y posibles retos en esta interesante tarea.

Palabras clave: inconsciente, consciencia, historia de la psicología, subjetividad, ciencias cognitivas.

Este producto surge en el marco del Proyecto de Investigación adelantado por Ana Lorena Domínguez Rojas y dirigido por el tutor Jaime Yáñez Canal, “El Inconsciente, Nuevas Aproximaciones al Estudio de la Mente Humana”, aprobado en la Convocatoria 510 del 2010 del Programa Jóvenes Investigadores e Innovadores “Virginia Gutiérrez de Pineda” apoyado por COLCIENCIAS. Este proyecto se enmarca también dentro de los productos del Grupo de Investigación Estudios en Desarrollo socio-moral, adscrito al departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia

Correspondence concerning this article should be addressed to Ana Lorena Domínguez Rojas. Universidad Nacional de Colombia.
E-mail: aldominguezr@unal.edu.co

Es usual en las ciencias sociales asociar el concepto de inconsciente con las perspectivas psicoanalíticas y con aquellas concepciones que lo entienden como un espacio psíquico que nos juega constantemente malas pasadas y que está siempre agazapado determinando el operar de la consciencia. Esta asociación del concepto de inconsciente con una escuela psicológica específica, o con una determinada comprensión del fenómeno puede deberse al significado y la importancia que han tenido los descubrimientos freudianos en el amplio mundo de la divulgación científica. Pero independientemente de esta particular valoración que ha tenido una perspectiva específica, es preciso decir que el concepto de inconsciente ha sido abordado por otros planteamientos, que han gozado de especial reconocimiento en ciertos círculos académicos y que incluso su tematización puede encontrarse en formulaciones anteriores al nacimiento de la psicología.

En este escrito intentaremos ofrecer algunos lineamientos generales para ubicar distintas discusiones sobre el inconsciente y esas instancias que operando al margen de la consciencia¹ pueden tener un rol fundamental en el desenvolvimiento psíquico. Para este propósito ofrecemos una categorización alrededor de tres ejes de análisis, que son: a) El primero en el cual se presenta el debate entre aquellos modelos que asocian lo inconsciente a propiedades positivas o negativas. b) El segundo eje corresponde a la caracterización del inconsciente como una fuerza o fenómeno pasivo o activo. Cuando utilizamos la expresión “pasivo” queremos significar que el concepto por nosotros analizado se entiende como el conjunto de elementos que la percepción o la consciencia no capta en un determinado momento y que simplemente están de manera inerte esperando a que sobre ellos se pose la consciencia. Lo “activo” al contrario, se utiliza para significar como el inconsciente es una fuerza que todo lo determina, siendo la consciencia una simple expresión de una instancia anterior que habrá de establecer sus maneras de aparición; c) Y el tercer eje, que refiere a la identidad y a la unidad de la experiencia, lo planteamos para dar cuenta de aquellas posturas, como por ejemplo la de William James, que proponen el concepto de subjetividad como un horizonte que integra permanentemente las experiencias y asegura que ellas tengan una coherencia y estabilidad.

Estos tres ejes se proponen para organizar las discusiones y los diferentes abordajes sobre esos fenómenos que operan independientemente de nuestros reportes verbales, o nuestras comunicaciones públicas. Este esquema de análisis tiene como preocupación central tratar de organizar los supuestos que diferencian las distintas posturas existentes

en el estudio de lo inconsciente y mostrar las posibles tendencias que integran esos abordajes. Nuestro análisis se centrará sobre las posturas pioneras de la psicología, sin dejar de enumerar al final del artículo, los nuevos rumbos de la investigación. El clarificar los supuestos iniciales nos permitirá entender las preguntas y los problemas a los que se dirigen las energías investigadores del presente. El lector tiene la tarea de evaluar las posibilidades heurísticas que puede ofrecer nuestra aproximación.

El inconsciente definido en términos positivos y negativos

Si bien una gran cantidad de autores coinciden en afirmar que el estudio del inconsciente tuvo su inicio con las primeras elaboraciones realizadas por Freud en su obra cumbre de 1900, la *Teoría de los sueños*, existen formulaciones anteriores, que incluso determinaron las ideas pioneras del psicoanálisis. Un primer referente de esta historia, aunque no el único, es Descartes (1641). Remitiéndonos a la filosofía cartesiana de finales del siglo XVI e inicios del XVII, que defendía una idea mecanicista del mundo y de la naturaleza, el concepto de hombre que predominaba en este momento exaltaba el carácter racional y consciente del alma humana (Bassin, 1972; Froufe, 1997). La razón jugaba así un rol central en la medida que garantizaba el conocimiento y aprehensión de la realidad (Russell, 1978).

En esta perspectiva, el alma estaba rotundamente separada de un cuerpo cuyas propiedades sensibles podían llegar a ser engañosas para el intelecto; el conocido razonamiento “*pienso luego existo*” expresa el papel central que Descartes daba al intelecto y a la consciencia. La única certeza estaba en el acto de conocer y en el sujeto que hacia consciente este proceso. Los eventos percibidos a través de los sentidos podían ser engañosos y era labor de la consciencia domesticarlos y someterlos a su control.

Esta consideración cartesiana, planteó una división en dos sustancias: Una primera correspondía a lo corporal donde se ubicaban las pasiones asociadas a la expresión de lo sensible; y la segunda, la consciencia cuya cualidad el intelecto, permitía el sometimiento de los contenidos de los sentidos a una inspección cuidadosa, previniendo que estas formas engañosas atentaran contra la verdad² (Descartes, 1641).

Con esta separación, la consciencia tendría como reto reconocer que fuera de su campo de acción existía un mundo sobre el que en verdad no se sabía nada. Este “no saber nada” conducía a creer que la consciencia debía cuidarse

¹ En este corto texto no haremos diferencias entre los términos de inconsciente y de no-consciencia. Consideramos que mejor que entrar en los usos terminológicos es mejor establecer las concepciones que encierran particulares teorizaciones.

² Es importante anotar que si bien Descartes no usó de manera explícita el concepto de inconsciente, establecía dimensiones opuestas a la razón, que permanentemente actuaban a la sombra y contaminaban el ejercicio correcto de sus funciones.

continuamente de no caer en formas falsas producto de los sentidos³ (Pinillos, 1989).

La distinción entre razón y emoción, (siendo la primera la actividad privilegiada del espíritu y la segunda la expresión del apetito sensible del cuerpo), condujo a una ineludible vinculación de la consciencia con aquellas valoraciones positivas propias del intelecto, y a una caracterización negativa de lo no-consciente o no racional (Casado y Colomo, 2006).

De otra parte, el inconsciente desde la perspectiva del romanticismo alemán fue asociado con criterios positivos, al vincularse con cualidades creativas e innovadoras. La intuición y la imaginación eran tomadas, por este movimiento intelectual, como ejes centrales de la actividad inconsciente. El punto más relevante, de su formulación, giró alrededor de la valoración positiva de lo emocional, y de aquellas fuerzas afectivas de las que no se tenía conocimiento consciente⁴ (Cencillo, 1971).

El inconsciente, pasó a ser concebido en estas perspectivas románticas, como el fondo metafísico del espíritu, que facilitaba al hombre acceder a los cimientos profundos de la naturaleza (Cencillo, 1971). Tal como lo sugería Goethe, entre otros pensadores del romanticismo, el inconsciente se pensaba a manera de una realidad transindividual, en la que los sujetos podían adentrarse y así renovar su capacidad creadora (Cencillo, 1971).

Schopenhauer, igualmente dudó de la superioridad de las funciones intelectuales y del sometimiento de las funciones “afectivo-inconscientes” (Barreto, 2005). El acto de conocer, desde su perspectiva, estaba íntimamente vinculado a los afectos del sujeto que conoce; las pasiones y deseos gobiernan nuestra existencia. Schopenhauer (Barreto, 2005; Russell, 1978), oponiéndose a que el acto de conocer fuera entendido como un acto puro de consciencia, pro-

puso dar un lugar central a los deseos, los afectos y el cuerpo. Procesos que podemos comprender, o hacer evidentes, a través del ejercicio de la imaginación y la fantasía.

En este sentido, el inconsciente no era visto como la cárcel de las pasiones, sino como ese espacio donde se podían expresar nuestras más altas capacidades creadoras e innovadoras⁵.

El inconsciente en su modo activo y pasivo

A finales del siglo XIX e inicios del XX, el significado del concepto de inconsciente tuvo algunas variaciones. En este momento el énfasis fue puesto sobre el papel que podría tener este fenómeno en el operar de la consciencia⁶. En este momento, el concepto de inconsciente es asociado a nuevas maneras de entender la consciencia.

Si la consciencia se empieza a entender como esa fuerza atencional que opera como un faro donde se concentra la capacidad del sujeto para atender a los estímulos, lo inconsciente empieza a entenderse, o como esos elementos que dependen del libre deambular de la consciencia, o como esa instancia que desde la oscuridad determina el desplazamiento del foco iluminador. Con otras palabras lo inconsciente empieza a entenderse como esa instancia pasiva al actuar de la consciencia o como esa dimensión activa que determina el operar de su par opuesto. Veamos con algo más de detalle esas nuevas formas con que se pensó el problema del inconsciente.

El inconsciente como una cuestión atencional

Muy seguramente el trabajo de la atención fue una de las primeras formas, por lo menos experimentalmente hablando, en que se dio cabida a una noción de lo incons-

³ Para Pinillos (1989) otra lectura de la obra de Descartes nos llevaría a ver que para este autor la consciencia estuviera determinada por ciertas formas de consciencia. Para Pinillos, dado el carácter intermitente de la consciencia, evidenciado en el estado del sueño, o en momentos de desvanecimiento, haría que Descartes demandara un sustrato permanente en el operar de lo no consciente: “El inconsciente permitiría una continuidad de la consciencia cuando no está en acto” (pg. 46). Independientemente de las interpretaciones que pudieran hacerse sobre este punto, es claro que para Descartes lo que está fuera de la mente y de la consciencia es susceptible al engaño y a la afectación de las pasiones.

⁴ El acercamiento a lo inconsciente y la distancia con las concepciones que ligaban la consciencia al poder de Dios, se tradujeron en una enriquecedora e inagotable lucha del sujeto por convivir consigo mismo y con esa naturaleza de la cual era tan preso como conocedor (Pinillos, 1989).

⁵ Esta idea romántica también buscó la recuperación de los mitos, concibiendo estos como un camino privilegiado para acceder a las profundidades del inconsciente. En este sentido los románticos consideraban que los mitos y las leyendas eran una muestra invaluable de la sabiduría de los pueblos y las culturas (Cencillo, 1971).

⁶ Obviamente en las posturas anteriormente expuestas también se reflexionó sobre el papel de la consciencia y lo inconsciente. Hacemos esta artificial separación, debido a que consideramos que la mayor preocupación por un análisis funcional de la consciencia y una más precisa descripción de sus componentes, en el siglo XIX, generó una preocupación más explícita sobre la función de lo inconsciente. Además nuestro propósito es ilustrar con las posturas más claras la materialización de los ejes o criterios que orientan la reflexión sobre nuestra actividad inconsciente. En nuestra exposición no queremos afirmar que los criterios solo se aplican a particulares propuestas teóricas. Simplemente queremos ofrecer unos criterios que pueden ser fácilmente comprendidos cuando se asocian con posturas donde fueron formulados de manera explícita.

ciente. Este foco de preocupación tuvo lugar a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX.

La primera noción que es fácilmente identificable fue la sensacionalista, que consideraba que las ideas inconscientes eran aquellas que no eran accesibles a la consciencia o a la percepción (Murphy, 1964). Este estado de inconsciencia podía ser transitorio ya que las ideas se alejaban de tal estado al fijarse la atención en las mismas. Entre los representantes de esta corriente se puede citar a Fechner, (citado por Shorojova, 1963) quien, con su trabajo acerca de los modelos psicofísicos de los umbrales sensoriales, señaló que no todos los niveles del procesamiento eran conscientes y que además, esas sensaciones inconscientes se daban en las formas inferiores del procesamiento perceptual. Igualmente en esta perspectiva encontramos a Leibniz, quien incorporó el concepto de percepciones “insensibles o inconscientes” (Castillo y Ruiz, 2004) sobre las que no se tenía un recuerdo explícito. La atención era el proceso, según este autor, por el cual se sintetizaban estos elementos “insensibles” en unidades más complejas donde participaba la consciencia (Murphy, 1964).

Como heredera de la misma línea de Leibniz, surgió la propuesta de la fisiología de Wundt (Murphy, 1964). Para Wundt, las ideas que ingresaban en el amplio campo de la consciencia eran aprehendidas, mientras que aquellas que ingresaban al área focal de la atención se decía que eran apercibidas. En esta lógica, se consideraba que las ideas que eran inconscientes debían entenderse como una periferia primitiva de la consciencia. Dichas ideas estaban caracterizadas por su debilidad y poca claridad, y correspondían a aquellos elementos que estaban desplazados a zonas alejadas del campo de las percepciones claras y conscientes.

Es decir, de acuerdo con Wundt (Murphy, 1964), las experiencias conscientes eran las que ingresaban al foco de la atención y tenían la disponibilidad de ser elaboradas posteriormente. Los acontecimientos, que estaban fuera del área focal terminaban siendo inconscientes⁷ y no fijados en la memoria. Lo inconsciente sería el conjunto de ideas, u objetos no percibidos, en un momento dado y que simplemente se ofrecían de manera pasiva al variable deambular de la consciencia.

Si bien este tipo de concepción donde lo inconsciente era entendido como el campo periférico del proceso atencional despertó un interés en los primeros momentos de la psicología, es justo reconocer que en esta misma época se presentaron propuestas, que sin abandonar el vínculo entre atención y consciencia, establecieron un papel más activo de lo inconsciente, o de todos los procesos que operaban

por fuera del campo atencional. Lo inconsciente se veía como la serie de procesos que determinaban el operar de la atención e incluso facilitaban la realización de tareas complejas, que usualmente eran atribuidas al ejercicio racional de la consciencia. Lo inconsciente, bajo esta perspectiva, pasó a entenderse como una forma de pensamiento subyacente a todas las acciones.

Como ejemplo de estas conceptualizaciones estaba la posición de Helmholtz. Este autor sugirió la existencia de inferencias inconscientes operando en actos automáticos de percepción (Shorojova, 1963). Es decir, consideraba que sin un procedimiento consciente o deliberado en la percepción, los sujetos podían realizar operaciones de cálculo, operaciones de ajuste, o de organización y evaluación de la información.

Estas formulaciones constituyeron una línea de investigación conocida bajo el rótulo de “inconsciente cognitivo” (Kihlstrom, 1987). Línea de trabajo que tuvo sus particulares expresiones en tiempos más recientes en la obra de Piaget (1961, 1985) y la psicología cognitiva del procesamiento de la información (Bargh y Pietromonaco, 1982; Froufe, 1997; Kihlstrom, 1996; Schacter, 1987, 1992).

Es justo dar un lugar en este espacio a William James. James resaltó en el proceso de conocimiento el papel de los componentes que obrando fuera del foco atencional de la consciencia ejercían un rol activo en la determinación de sus contenidos. No obstante, la presentación de sus ideas las dejaremos para el último apartado en el que haremos énfasis en su aporte al problema de la subjetividad y la unidad de la experiencia y obviamente, en la posición que le adjudicó a los fenómenos inconscientes.

El inconsciente como un espacio en el aparato psíquico y como una fuerza negativa.

Si bien en los primeros momentos de la psicología experimental se pueden encontrar concepciones que entendían el inconsciente como un componente activo del conocimiento y la acción humana, este tipo de posiciones se expresan de manera más clara en las formulaciones psicoanalíticas. Para esta escuela el inconsciente pasa a entenderse como una sombra que determina de manera activa todos los procesos psíquicos (Shorojova, 1963).

Con el riesgo de pecar de simplicidad habremos de ubicar el inicio del psicoanálisis alrededor de un fenómeno que tuvo un notable impacto en muchas formulaciones de inicios del siglo XX: la hipnosis (Bassin, 1972; Cencillo, 1971). Con el estudio de la hipnosis se posibilitó tanto el surgi-

⁷ Es importante recordar en este punto que uno de los intereses principales de Wundt era poder mostrar que la psicología podía ser articulada científicamente mediante el uso de métodos de registro fisiológico (Wundt, 1913). Por esto mismo, él consideraba que la idea de una psicología experimental era posible; para esto era preciso inicialmente definir cuáles eran los elementos imprescindibles a partir de los cuales se podría dar un sustento científico a su propósito. En esta medida, él empleó la referencia a las excitaciones en la corteza cerebral, para dar cuenta de la activación de las sensaciones que se generaban cuando un órgano de los sentidos era activado.

miento del psicoanálisis como de otras posturas que establecían dimensiones fundamentales ajenas al quehacer de la consciencia⁸.

Son muchos los eventos dentro de la hipnosis que posibilitaban, según lo creía Freud, la formulación de una instancia que operaba de manera diferente, y en algunos casos en oposición, a la consciencia. Un sujeto, por ejemplo, podía realizar acciones que en su estado de consciencia cotidiana se resistiría a llevar a cabo. Incluso, un sujeto podía realizar en momentos de total ejercicio de su consciencia, una acción absurda, o sin sentido, que le fuera ordenada realizar en su estado de trance, sin que pudiera recordar su origen, o sin que pudiera entender la compulsión que lo llevaba a realizarla.

Si pasado el estado de hipnosis los sujetos llevaban a cabo acciones que les eran ordenadas en el estado de trance, sin recordarlo, o si realizaban acciones que en su estado normal rechazarían por vergonzosas, era fácil concluir, al menos así lo creía Freud, que existía una instancia independiente de la psique que podría determinar la acción sin que en ella participara la consciencia.

Independientemente de que Freud (1973) considerara inicialmente la hipnosis como una adecuada estrategia terapéutica, e independientemente de la incorporación de contenidos traumáticos de naturaleza sexual como explicación de los fenómenos histéricos, o de otros aspectos particulares de su teoría, lo esencial de su formulación, fue la postulación de una instancia psíquica que operaba, al igual que la consciencia, con una serie de contenidos representacionales que guardaban una relación estrecha con la acción.

Lo inconsciente era el espacio donde se guardaban, o representaban, una serie de acontecimientos que determinaban el comportamiento de manera significativa. Debido a que la consciencia era entendida como el foco atencional, del que se podía dar un reporte explícito, lo inconsciente era esa instancia que, desbordando el accionar del primer proceso, todo lo determinaba⁹. Lo inconsciente era ese espacio donde parecía no existir ningún control y donde se originaban las fuerzas que impelían el accionar humano en determinadas direcciones.

La división que realizó Freud entre inconsciente - pre-consciente y consciente, para caracterizar los componentes presentes al interior de la psiquis humana, sirvió para diferenciar la concepción del inconsciente en la teoría freudiana de aquellas que habían imperado en teorías psicológicas previas a la suya (Shorojova, 1963). En este sentido, Freud mostró como lo inconsciente ya no podía ser entendido como los residuos de la actividad de la consciencia, o aquello que en potencia podía ser consciente¹⁰. Freud (1973) mantuvo distancia con aquellas posturas que concebían la posibilidad de establecer una relación entre los contenidos de la consciencia y del inconsciente, subrayando el carácter cerrado de este último proceso; siendo imposible que lo inconsciente en algún momento fuera completamente develado a la consciencia en su forma natural¹¹.

La formulación freudiana de estas instancias psíquicas se dio a partir de un distanciamiento de las propuestas de Janet. Inicialmente Freud y Janet dedicaron buena parte de su labor clínica a desentrañar cómo funcionaba la hipnosis y la función que le daban a esta técnica para poder inter-

⁸ El estudio de la hipnosis en toda la historia de la psicología ha despertado una atención notable (Kihlstrom, 1987). El punto hacia el cual se orienta la investigación indica que este fenómeno no solo se ha vuelto útil en la exploración de las formas alteradas de consciencia sino que los mismos mecanismos, y fenómenos presentes durante el trance hipnótico parecen constituir una piedra angular para comprender la manera en que funciona la mente. Si bien, inicialmente con el trabajo psicoanalítico el interés por estudiar la hipnosis estuvo relacionado con la labor clínica, el uso de esta técnica de sugestión ha impactado muy diversos campos y conceptualizaciones. Los fenómenos psíquicos presentes en este estado alterado de consciencia han permitido ofrecer muy diversas miradas sobre la mente humana. El mismo James avanzó unas ideas, que en la actualidad han revitalizado el estudio de la consciencia (Myers 1990).

⁹ Esta concepción en Freud del rol del inconsciente surge, en parte, bajo la influencia de la filosofía de Schopenhauer. Varios autores coinciden en afirmar que los supuestos centrales de la filosofía de Schopenhauer fueron retomados tiempo después por la teoría psicoanalítica. La realidad interna que gobierna nuestra existencia, de acuerdo con Schopenhauer, está cargada de pasiones y deseos, de emociones y sentimientos, configurando nuestro ser y determinando nuestra voluntad. Existen dos puntos en los que se hace más clara la relación que guarda su filosofía con la propuesta freudiana (Barreto, 2005). Por un lado, lo que refiere a la resistencia inconsciente del individuo de hacer explícita la forma natural de su existencia y lo segundo lo asociado al poder que se lo otorga a la noción de deseo, aspecto que el hombre trata de satisfacer a toda costa.

¹⁰ Freud diferenciaba entre lo pre-consciente y lo inconsciente. Lo pre-consciente correspondería a aquellos aspectos que sin ninguna dificultad, y con esfuerzo atencional, pueden ser traídos al plano consciente. Lo inconsciente, al contrario, no contempla los elementos fuera de la dimensión atencional, sino son aquellas dimensiones que escapan a cualquier proceso atencional, y que se resisten a hacerse visibles. En su invisibilidad actúan, determinando la dirección y el operar de la consciencia.

¹¹ Nuestra afirmación está planteada en términos conceptuales. Si Freud entendía al yo y a la consciencia como estrategias adaptativas del ello y de la inconsciencia, en su búsqueda de caminos de satisfacción, es claro que la consciencia siempre estaría condenada a visualizar fenómenos que no nos liberarían del engaño. Esta concepción freudiana sobre el origen y función de la consciencia se opone a la visión optimista de la labor terapéutica, donde el hacer consciente lo inconsciente es el objetivo liberador del trabajo clínico. Este tipo de oposiciones del creador del psicoanálisis no son preocupación de este texto.

pretar los síntomas histéricos. Los estados hipnóticos, las patologías de personalidad múltiple y los síntomas histéricos, se relacionaban de alguna manera. De acuerdo con Janet, la particularidad de estos casos consistía en las dificultades que tenían los sujetos para operar con una consciencia unificada, debido a una particular debilidad mental. En los mencionados casos clínicos se presentaba una disociación entre dos formas de consciencia, una primaria, que en estos sujetos funcionaba de manera más restringida, y una secundaria que impedía que el sujeto pudiera controlar su comportamiento, o pudiera mostrar una acción armónica con el ambiente (Myers, 1990).

Freud se distanció de Janet, según Myers (1990) al resaltar varias dificultades: primero, que no todas las personas que eran sometidas al proceso de la hipnosis, para tratar su histeria, presentaban una debilidad mental del tipo que señalaba su predecesor; segundo, el proponer una consciencia secundaria podría conducir a una infinitud de consciencias, nunca delimitables; y tercero, lo que se manifestaba no se correspondía con las cualidades conocidas de la consciencia, ya que el sujeto no podía reflexionar, ni atender a sus manifestaciones. De esta manera era preciso sugerir, creía Freud, un proceso activo que se encargara de reprimir ciertos contenidos de la consciencia. Para Freud hacer uso de un concepto como el de consciencia secundaria era bastante confuso y problemático al suponer que habría de existir una "consciencia inconsciente"¹².

En este sentido, tal como lo describe Shorojova (1963), la identificación que hacía Freud del inconsciente como un dominio completamente cerrado al acceso de la consciencia, colaboró en una mistificación de este fenómeno. Lo inconsciente no solamente eran procesos que determinaban el proceder cognitivo mediante el ejercicio de la atención no-selectiva, sino que eran contenidos que se oponían a cualquier intento de desvelamiento. El inconsciente era un espacio psíquico cuyos contenidos guardaban una serie de significaciones asociadas con las experiencias tempranas. Dichas significaciones se actualizaban independientemente de la consciencia, con lo cual se resaltaba la incapacidad de los sujetos de volver consciente los mismos.

Esta aproximación al inconsciente se emparenta con las versiones del inconsciente cognitivo expuestas anteriormente, en cuanto a la postulación de mecanismos alejados de la consciencia que de manera activa constituyen y posibilitan

la actividad mental. Pero, aparte de estas similitudes generales, conviene no olvidar algunas particularidades de la teoría psicoanalítica, especialmente las referidas a procesos de significación, o contenidos representacionales, que obran como aspectos claves que dirigen las preferencias y los comportamientos de los individuos.

Otras versiones del inconsciente desde el psicoanálisis y la psicología del desarrollo

Las concepciones del inconsciente como las estimulaciones alejadas del foco atencional y el inconsciente como espacio generador de realidades psíquicas, se relacionan con las concepciones iniciales dentro de la filosofía que caracterizaban al inconsciente en términos negativos y positivos. Es claro que para Freud el inconsciente era el espacio que encerraba procesos irracionales que impedían el adecuado obrar de la razón. Podríamos resaltar que una de las particularidades del inconsciente desarrolladas por Freud es la atribución a esta instancia de fuerzas repetitivas que ligaban al ser humano al pasado y lo condenaban a un destino trágico. Esta concepción se emparenta con la visión cartesiana en el sentido de ver la actividad inconsciente como un obstáculo de la actividad racional. Obviamente, en esta lucha entre instancias psíquicas, el psicoanálisis freudiano es más pesimista al condenar a la consciencia a ser simplemente un producto de una actividad, sobre la que el hombre no ejerce ningún tipo de control.

No obstante, dentro del mismo psicoanálisis se desarrollaron otras perspectivas que, en sintonía con las formulaciones románticas, entendieron el inconsciente como una fuerza positiva que permitía la aparición de la creatividad y promovía la exaltación de la libertad del ser humano. A continuación nos referiremos de manera sucinta a algunas de ellas.

Por un lado tenemos la visión de Adler, quien aunque permaneció cercano por un buen tiempo a la teoría propuesta por Freud, empezó a alejarse cuando se acentuaron las diferencias en relación a la idea de que la naturaleza del hombre debería llevarle siempre a estar preso de fuerzas impersonales. De acuerdo con Adler, tal como lo señala Cencillo (1971), el hombre no podría estar siempre a merced de fuerzas inconscientes, tal como lo sugería la propuesta psicoanalítica inicial.

¹² De acuerdo con James, quien estuvo más cercano a los planteamientos de Janet, es factible concebir la idea de que pensamientos, sentimientos, sensaciones e incluso memorias pertenezcan a otro tipo de conciencia diferente a aquella que conocemos en el estado de la vigilia. Este tipo de conceptualización puede encontrarse en algunos teóricos de la Gestalt, en Merleau-Ponty y en perspectivas actuales de las ciencias cognitivas. Si la conciencia está asociada a procesos de conocimiento y de reactividad del medio ambiente, es claro que pueden existir niveles diferenciales de funcionamiento de este proceso, si que necesariamente en todos se presente una reflexión o verbalización explícita. La conciencia de los animales, de los niños pequeños, los casos de cerebro escindido, de visión ciega y otros muchos hacen que este tipo de teorías cuenten con una serie de seguidores. Este tipo de discusiones las tratamos en otro texto al que remitimos al lector interesado (Domínguez y Yáñez, 2010; Garavito y Yáñez, 2010). En este artículo nos referiremos de manera rápida a esta perspectiva cuando abordemos la teoría de William James.

Mientras que por un lado, para Freud la vida anímica de los sujetos está ligada a fuerzas libidinales de la infancia que determinan la vida adulta, para Adler existen tendencias prospectivas que se materializan en la organización de planes de vida. Dichas tendencias no se asocian a concepciones fatalistas y sexuales como suponía Freud. El inconsciente para Adler, no se encuentra opuesto a la consciencia, es simplemente el medio para traer al presente relaciones y sentidos actuales del sujeto (Cencillo, 1971).

Por ejemplo, los sueños para Adler no tienen un valor simbólico que esté asociado a eventos pasados encubiertos o enmascarados; son un fenómeno compensatorio que sirve para vivir aquellas cosas no experimentadas que requieren experimentarse como vividas.

Jung, al igual que Adler, establece una visión positiva de lo inconsciente, e igualmente se distancia del pansexualismo freudiano. Contrario al inconsciente libidinal propuesto por Freud, Jung introduce la existencia de un inconsciente colectivo en el cual están implícitos problemas culturales universales que atraviesan el proceso de individuación de los sujetos.

La expresividad universal que caracteriza el inconsciente colectivo, y que se ve claramente referido en las distintas manifestaciones de la cultura y la religión, facilita al individuo una completa realización. En el inconsciente, según Jung (1995), actúan procesos de represión, como de sublimación, que facilitan la activación de dimensiones positivas del actuar humano.

Uno de los fines últimos del inconsciente colectivo en Jung es el proceso de individuación, que aparece siempre como el ideal de vida o como el conjunto de metas a alcanzar. La individuación, uno de los postulados esenciales de la teoría de Jung, plantea un proceso dialéctico entre las

normas colectivas y la identidad más profunda del sujeto. En este proceso, el individuo, quien inicialmente se halla envuelto en lo colectivo, se acerca de manera paulatina a un estado en el cual las normas están complementemente incorporadas. La individuación en esta esfera, opera en el sentido del ensanchamiento de los horizontes de la consciencia, gracias a la emergencia de contenidos que aparecían como esquivos al acceso personal. El sujeto individuado, tal como lo refería Jung, es un sabio o un místico por cuanto ha podido integrar la totalidad de la existencia orientándose hacia una realidad trascendente.

Esta visión positiva del inconsciente se ha expresado en varios autores dentro del psicoanálisis e incluso se ha manifestado en algunas formulaciones de la psicología del desarrollo. Fromm, Sullivan, Erikson proponían una consideración positiva de esas fuerzas ocultas a la consciencia. El símbolo, para estos autores, no era la expresión disfrazada de impulsos inconscientes, que buscaban atar al individuo a un pasado cargado de fantasmas y experiencias dolorosas, sino era la expresión de formas de conocimiento que intentaban enfrentar las dificultades que el ser humano de manera directa no podía solucionar. El símbolo era parte de un lenguaje que de manera cifrada mostraba nuevas esperanzas en la vida humana.

De la misma manera Piaget y la psicología del yo¹³ reinterpretaban las maneras de funcionamiento del proceso primario freudiano como expresiones infantiles de conocimiento que intentaban dar cuenta del mundo circundante. El preoperatorio, que Piaget (1961, 1985) relacionaba de manera directa con el inconsciente freudiano, era una forma de conocimiento¹⁴ que intentaba dar cuenta del mundo y que expresaba las posibilidades del pensamiento infantil. Lo inconsciente en su dimensión genética¹⁵ era entendido

¹³ La psicología del yo psicoanalítica y algunas versiones de las teorías de las relaciones objetales, intentaron integrar las ideas freudianas (o psicoanalíticas en general) con algunos planteamientos de la psicología del desarrollo, especialmente con la teoría de Piaget. Las expresiones simbólicas bajo estas posturas no se verían como la expresión de un inconsciente que buscaba engañar de manera activa al sujeto, sino como la expresión de formas de conocimiento primitivas en el desarrollo infantil. El preoperatorio, o el sensoriomotriz (estadios piagetianos, que eran utilizados de manera diferencial por diferentes autores psicoanalíticos para establecer un periodo de funcionamiento inconsciente), entendidos como formas de conocimientos primitivas se ofrecían para explicar o el pensamiento simbólico, o las formas corporales donde se perdían todas las posibilidades representacionales.

¹⁴ Piaget (1985) criticaba la noción del inconsciente freudiano, al afirmar que en ésta se exponían todas las características de la consciencia (que para Piaget se asociaba a procesos de conocimiento), tales como tener representaciones, imágenes y recuerdos representados, pero sin la manifestación de la consciencia.

¹⁵ Piaget (1985) establecía dos dimensiones para describir el par consciencia-inconsciencia. Por un lado el aspecto de génesis, que estaba exponiendo en este apartado, y por el otro el aspecto funcional. Dentro de la dimensión funcional la consciencia estaba ligada a la invariante de acomodación y se relacionaba con la captación atencional de aspectos percibidos del mundo externo. Lo inconsciente, al contrario, se relacionaba con las diferentes formas de la asimilación. En estas dimensiones el inconsciente era lo no atendido y, a la vez, era el conjunto de procesos que determinaban una manifestación psíquica. Esta segunda acepción refería al inconsciente cognitivo. Las formas que se combinaban de manera no clara para determinar una respuesta, sin que el sujeto pudiera seguir de manera explícita esos procesos de combinación y de gestación. Como se puede observar, Piaget intentaba integrar muy dispares concepciones sobre la consciencia y la inconsciencia. Intentos de integración que solo ofrece de manera explícita en el año 1945 (citamos la traducción al español realizada en 1985) cuando evidenció su distancia con el psicoanálisis, al que había seguido en sus primeras formulaciones. Estos intentos integradores (a pesar de su poco o mucho éxito) sólo evidencian las limitaciones de nuestros ejes de análisis. Realmente los ejes que proponemos sólo tienen una función heurística, cuyo mérito es evitar caer en las intrincadas marañas conceptuales que adornan la historia de nuestra disciplina.

en relación con una estructura cognitiva más desarrollada. Con otras palabras el preoperatorio era una forma de conocimiento, más compleja, y por lo tanto más consciente, que el sensoriomotriz. El operatorio concreto a su vez era una forma más consciente que el preoperatorio, etc. Lo consciente y lo inconsciente no eran, en la teoría de Piaget, dos instancias a-históricas, ni constantes en sus formas de manifestación, sino eran dimensiones cognitivas asociadas a los momentos del desarrollo humano¹⁶.

Pero independientemente de las conceptualizaciones particulares de Piaget, o cualquiera de sus continuadores, es claro que las versiones optimistas de lo inconsciente posibilitaron nuevas maneras de ver el desarrollo y allanaron el camino para nuevos discursos integradores. Discursos e integraciones que siguen teniendo un alto impacto en la discusión contemporánea.

Ahora bien, después de haber presentado estos dos ejes, nos proponemos hacer una descripción de las primeras elaboraciones en torno al problema de la subjetivación, explicando cómo desde aquí se retomó lo inconsciente. Estas posturas nos presentan otra vía y otras maneras para abordar esa dimensión oscura y determinante del espíritu humano.

El inconsciente, una mirada desde la subjetividad

Como lo presentamos en la introducción el autor central de este apartado es William James. Este autor a lo largo de su trayectoria intelectual (Gobar, 1970)¹⁷ trató de posicionar a la consciencia¹⁸ como un aspecto crucial en el estudio de la mente humana, aduciendo que la unidad y la continuidad eran dos de sus propiedades fundamentales. Desde un principio, el filósofo norteamericano, tomó distancia de aquellas consideraciones asociacionistas, que veían a los estados de la consciencia como el resultado de una asociación de ideas independientes¹⁹ y no como un fenómeno global.

En esta medida, James consideraba que el estudio de medidas fisiológicas y la exploración del cerebro, eran solo algunos de los varios eslabones que debería contemplar el trabajo de la psicología²⁰, y de manera especial, la investigación sobre el campo de la consciencia; un estudio integral de la experiencia consciente, tendría que incluir el carácter interno de la experiencia, los significados que se anclan a toda dimensión vivencial.

Para explicar los conceptos de continuidad y unidad, James recurrió a la idea de flujo del pensamiento, mostrando

¹⁶ Los intentos de integración de la teoría de Piaget con el psicoanálisis abundaron desde los años 50s hasta bien entrados los 80s. Esta integración partía de las descripciones del desarrollo infantil piagetianas, a las que se asociaba a una muy particular concepción de lo cognitivo, como lo racional, lo frío, y lo desligado de lo afectivo. Lo psicoanalítico era asumido como lo energético, el significado particular de las vivencias y el contenido vivencial que se expresaba dependiendo de las estructuras cognitivas piagetianas. Mauco, Charles Odier, Anna Freud, John Bowlby, Rapaport, Alfred Lorenzer, son algunos autores que intentaron establecer estos vínculos conceptuales. Obviamente las integraciones no superaron los niveles descriptivos y las correspondencias en el desarrollo infantil propuestas desde las dos teorías, ya que las visiones paradigmáticas son totalmente opuestas.

¹⁷ El papel que le dio James al estudio del inconsciente, en pleno momento de instauración de la psicología, es una cuestión que es hoy día fuente de debate. Existen al respecto posiciones encontradas, ya que algunos investigadores afirman que la labor de James, entre otros autores de esta época, fue la de deslegitimar el valor del inconsciente para el proyecto científico de la psicología (Castillo y Ruiz, 2004). Se afirma esto al considerar que el adoptar una perspectiva de la subjetividad es casi imposible idear una metodología viable para desentrañar los procesos no conscientes. Otros autores al contrario creen que James tomó una actitud favorable sobre los aspectos que refieren a procesos inconscientes (Weinberger, 2000). Este último autor afirma que James abordó este tipo de procesos cuando se refirió a las experiencias religiosas y al proceso de la hipnosis.

¹⁸ Es importante señalar que James (1902) no estaba de acuerdo en la utilización del término inconsciente; consideraba que era menos resbaladizo utilizar expresiones como subliminal o vida subconsciente. Siguiendo a Weinberger (2000), esto pudo deberse a que James quería evitar confusiones con los postulados establecidos por Freud y su teoría del inconsciente que se desarrolló por este mismo tiempo. No obstante, James consideraba muy provechoso el trabajo desarrollado por Janet, Breuer o Freud en cuanto a la histeria y la utilización de la hipnosis.

¹⁹ Vale la pena mencionar que durante este tiempo James no fue ajeno al estudio experimental de fenómenos asociados a la consciencia pero sí se distanció de aquellas formulaciones experimentales que veían este fenómeno como un agregado de valores. Un ejemplo de esto fueron aquellos estudios que llevó a cabo con sus estudiantes en cuanto al fenómeno de la hipnosis y los estados alterados de consciencia. En medio de este quehacer científico se ligó su interés de encontrar descripciones mucho más detalladas y precisas acerca de lo que acontecía bajo estos estados anormales de la consciencia (Myers, 1990).

²⁰ Algunos autores consideran que James mantuvo un dualismo al indagar acerca del componente cerebral y la vida mental como dos formas aparentemente disímiles (Weinberger, 2000). No obstante, James hizo manifiesto en diversas ocasiones (1890), la imposibilidad de estudiar la consciencia separando el componente fisiológico y mental. Él creía que las bases neuronales eran el asiento de formas mentales superiores. Pero que la consciencia era una dimensión donde se expresaba la unidad de la experiencia. Con otras palabras él seguía las ideas esenciales del monismo, pero reclamaba una dimensión especial para el estudio psicológico. El ser humano era una unidad cerebro-mente, pero con diferentes niveles de descripción, según fueran las preocupaciones disciplinares.

cómo esta unidad se formaba por medio de la relación establecida entre los estados transitivos de la consciencia. De acuerdo con James, los estados de consciencia eran transitivos en la medida en que referían a la experiencia en la que estaba envuelto el sujeto, la cual continuamente se actualizaba. Con la incorporación de la propiedad transitiva abandonó cualquier tipo de concepción netamente sustancial, exaltando la idea de una sucesión de campos de consciencia como el eje central de esta continuidad.

El flujo de la consciencia era uno de los aspectos, que según James, permitía mostrar cómo la experiencia no es estática, sino que al contrario, los objetos de la consciencia están siempre fluctuando y reorganizando la misma²¹. Sin embargo, este cambio de objetos de la consciencia no se daba de manera brusca o azarosa. James explicaba que aunque los objetos que entraban en el foco de la consciencia podían cambiar con mucha facilidad, este cambio podía ser explicado refiriéndose a las relaciones de sentido que se establecían entre estos objetos y aquellos otros que potencialmente podían entrar en la consciencia. El valor de la experiencia y el de los sentidos adquiridos por los sujetos a través de sus vivencias, garantizaban que el cambio de los estados de la consciencia no se percibiera de manera violenta, sino que pertenecieran a una unidad: un *yo*.

James explicaba que aún cuando en el centro de la consciencia podía aparecer un objeto, el borde o la periferia del mismo, estaban cargados de sentidos que hacían posible su reconocimiento. La exaltación del carácter subjetivo de las relaciones constituidas entre los objetos de la periferia y el objeto del foco, conducía al privilegio de la experiencia, como la forma natural de conocimiento. Para James fue importante señalar cómo en la experiencia, el mundo no se nos presenta con un carácter de verdad indubitable, sino que al contrario, la continua organización de las vivencias individuales afecta la manera en la cual se percibe el mundo en el momento presente y de alguna manera se configura el futuro.

La generación de estas relaciones entre objetos, situaciones o recuerdos, era una evidencia fuerte de la subjetividad emergiendo a cada momento bajo formas inconscientes. Para James era poco posible que todos los contenidos de nuestro espíritu se manifestaran vía la consciencia, en el sentido de “poder dar cuenta”. La presencia de esta vida inconsciente, le permitió a James mostrar cómo la periferia estaba cargada de sentidos y significados que

hacían parte importante del campo de la consciencia y configuraban su continuo flujo de estados (1902; 1890).

James se rehusó a establecer formas de acción de lo inconsciente como el resultado de procesos mecánicos o causales. Gracias a su trabajo en el terreno de los hábitos mostró, cómo estos no podían interpretarse como una acción repetida, ni como algo estrictamente dependiente del ambiente, que afectaba de manera recurrente al organismo, el cual respondía rápida y efectivamente. Es inconcebible aceptar, decía, que estemos acostumbrados a sentir, pensar o hacer cosas, sin un propósito que concierna a nuestra mis-midad y que es reflejo de nuestra experiencia²² y subjetividad (James, 1890).

A lo largo de su obra, James advirtió diversas formas de participación de la actividad inconsciente. El estudio de la espiritualidad y fenómenos asociados como las experiencias místicas y religiosas, son buenos ejemplos para ilustrar cómo en vez de que exista una consciencia uniforme este proceso puede manifestarse de muchas maneras²³. La hipnosis, las alucinaciones y algunas patologías como la personalidad múltiple, le permitieron contemplar nuevas formas de conceptualización de la consciencia.

De manera especial el análisis que hizo sobre las experiencias religiosas le facilitó establecer una caracterización respecto al self. De acuerdo con James, las ideas que configuraban el carácter de una persona podían fluctuar o permanecer transitoriamente en el campo de su consciencia. En algunos casos, un interés o una motivación podían bajo determinadas circunstancias reorganizar los elementos fuera y dentro del foco de la consciencia, generando un fenómeno de transformación psicológica (1902). Todos aquellos conocimientos y sentimientos latentes podían pasar al plano central de la consciencia y transformar desde allí la unidad de la misma. Esto permitiría entender, creía nuestro autor, cómo las personas después de una experiencia religiosa se encontraban con una transformación a otro estado de consciencia que ahora reorganizaba el campo global de sus experiencias. Este nuevo punto de vista posibilitaba contemplar ideas, sentimientos o recuerdos que hasta este momento habían operado en una vía inconsciente. Si bien es cierto que reconocía que en nuestra cotidianidad se produce una alternancia constante de estados, pensamientos o sentimientos, que reorganizan la experiencia, su preocupación por el estudio de los fenómenos religiosos, y especialmente los fenómenos místicos, le posibilitó sugerir y explicar la aparición de

²¹ La unidad y la coherencia se expresaban, de acuerdo con James, en la idea de un “flujo de pensamiento”, en el cual todas las ideas se articulaban gracias a relaciones de sentido que se establecían entre las mismas. La unidad en este caso dependía de la organización que en cada tiempo se realizaba sobre las experiencias existentes previamente y aquellas que surgían en el instante inmediato.

²² El concepto de “experiencia” debe entenderse en relación con el concepto de subjetividad, al menos en la obra de James. Con experiencia, este autor, refiere a las sensaciones de primera persona y a las valoraciones que hace un sujeto en su estado consciente.

²³ James (1902) a través del estudio de la espiritualidad en su obra “Variedades de la Experiencia Espiritual”, mostró como la consciencia podía expresarse a través de diferentes estados. La existencia de estos estados evidenciaba una vida mental subconsciente que operaba en momentos diferentes al de la vigilia.

cambios drásticos en la configuración de la identidad de una persona.

James utilizó la idea de periferia atencional, no sólo para dar cuenta de las formas de memoria inaccesibles al reporte consciente, sino para mostrar cómo diversas configuraciones internas se organizaban continuamente y podían generar una modificación en el sí-mismo. Es importante mencionar también como el problema de la organización de la experiencia aparece en la obra de James (1890) con la pregunta de cómo los contenidos del centro y la periferia se articulan en relaciones precisas, para dar lugar a una experiencia perceptual concreta. Su inquietud por la forma de organización de la experiencia descansa en el llamado “interés selectivo” que supone un modo de ordenación del mundo y de todos los objetos que en él se ubican. La posibilidad de dirigir el interés selectivo hacia una parte del mundo, manifiesta la participación clara del marco periférico en donde se mueven los objetos y eventos que rodean el centro atencional. La dinámica de fluctuación entre foco – periferia muestra como en el proceso selectivo, la experiencia deja de aparecer en forma de caos y empieza a organizarse de una manera coherente (Gurwitsch, 1979; James, 1890), garantizando que el objeto de la consciencia se inscriba en un contexto de significaciones que posibilitan su adecuada aparición.

Consideraciones finales y planteamientos recientes

Después de la presentación anterior podemos anotar que la historia más reciente es una continuación dinámica de estos mismos ejes. Ejes que pueden formularse de manera más integrada o que pueden haber conducido a perspectivas completamente independientes. En este apartado simplemente nos referiremos de manera rápida a algunas de esas líneas de desarrollo sin entrar en detalles, ni en una aclaración de muchas de sus particularidades. Igualmente habremos de presentar algunos aspectos que, creemos, debería contemplar una teoría sobre lo inconsciente y la consciencia.

La primera vía de desarrollo del concepto de inconsciente en la actualidad que queremos resaltar es la que desde una perspectiva psicoanalítica le ha otorgado al inconsciente un papel crucial en la determinación del comportamiento. En esta línea de desarrollo, además de mantenerse muchos de los supuestos clásicos del psicoanálisis, podemos encontrar aquellas perspectivas que eliminan toda referencia a la

psique individual. El inconsciente, entendido ya como parte de unas estructuras lingüísticas, o sociales, habría de determinar todo, convirtiendo cualquier manifestación en una expresión ideológica o un simple estertor de una dinámica donde el sujeto parece haberse perdido (Deleuze y Guatari, 1983; Lacan, 1981).

Igualmente las posturas que proponen entender al inconsciente como parte de una organización intelectual, tuvieron muy variadas expresiones en la ciencia cognitiva. Los estudios sobre percepción, memoria, aprendizaje y pensamiento (Dijksterhuis, 2004; Hassin, 2004; Marcel, 1980; Schacter, 1999) retornaron a viejos problemas que habían sido planteados en las formulaciones clásicas como vimos en la parte de la atención. El inconsciente cognitivo, tal como lo conocemos hoy día, es un claro rescate de discusiones que se dieron en el marco histórico del nacimiento de la psicología. Igualmente los estudios sobre la subjetividad tienen su espacio en la investigación actual. Las perspectivas sobre la consciencia y el problema de la identidad y el self son la expresión contemporánea de muchas de las ideas formuladas por James y la fenomenología husserliana.

Además de reconocer que en los debates actuales muchas de las anteriores posturas tienen su espacio de desarrollo y que en algunos casos se ven vías entrecruzadas por un enriquecedor dialogo interparadigmático, queremos ofrecer como punto final de este escrito, algunos aspectos que consideramos debería contemplar toda teoría sobre el inconsciente y sobre la consciencia.

El primer punto para esta nueva reconceptualización, sería el entender lo inconsciente y la consciencia como dimensiones de un continuo y no como instancias opuestas del proceder psíquico. Con otras palabras es necesario establecer una teoría de niveles o de estados diferenciales de la consciencia, siendo los procesos que se acompañan de reportes verbales explícitos, una sola forma (posiblemente el nivel más complejo, si se quiere) de este proceso cognitivo. Los niveles más elementales, que se pueden presentar en los niños pequeños, en animales superiores o en estados clínicos²⁴ muestran formas de conocimiento y de responsividad al medio ambiente y por lo tanto de consciencia. Lo inconsciente solo puede entenderse en relación con formas más complejas de consciencia. Con otras palabras la consciencia es todo proceso de conocimiento y en ella pueden darse niveles diferentes de percatamiento y de explicitación verbal.

El segundo componente de esta reconceptualización demanda una consideración de las posibles relaciones entre las diferentes formas, o niveles de consciencia²⁵ que puedan

²⁴ Ejemplos clínicos, pueden ser la visión ciega, la prosopagnosia, los caso de cerebro escindido, donde el sujeto puede mostrar algún grado de conocimiento de estímulos externos sin que pueda dar cuenta de ellos de manera explícita (Bisiach, 1992; Cheesman y Merikle, 1986; Colmenero, 2004; Farah, 1995).

²⁵ En este escrito no proponemos como podría establecerse una teoría de niveles o estados de consciencia. Por ahora simplemente formulamos los aspectos que deberían tenerse en cuenta para el desarrollo de una teoría sobre los procesos conscientes e inconscientes.

formularse. Las relaciones entre estas formas pueden darse de manera armónica, o de manera desintegrada, o de oposición. Ejemplos de una relación no armónica puede ser la que se presenta en los fenómenos de visión ciega (Weiskrantz, 1991). En estos casos el sujeto a pesar de no percibir el mundo construye una serie de fabulaciones para dar cuenta de sus actos de torpeza. En estos casos clínicos la consciencia se opone y estorba el adecuado funcionamiento psíquico. Las relaciones igualmente pueden ser de ignorancia o de inaccesibilidad de los procesos más elementales de consciencia, como por ejemplo en los casos de desconexión de los hemisferios donde parece darse dos formas distintas de consciencia (Sperry, 1968). Finalmente la relación entre los diferentes niveles de consciencia puede ser armónica, o de integración, donde los niveles de autoconocimiento, o de verbalización, pueden orientar la acción de manera adaptativa en la resolución de problemas específicos.

El tercer componente para una teoría más abarcadora del par consciente-inconsciente sería la consideración del funcionamiento de la consciencia (de sus niveles) en términos de adaptabilidad o de evaluación en términos positivos y negativos. Obviamente este tercer componente está relacionado con el anteriormente expuesto, ya que de acuerdo a como se den las relaciones entre los diferentes niveles de consciencia podríamos ver como las relaciones pueden generar dificultades o facilitar los procesos de conocimiento. Los prejuicios, las intuiciones, las resoluciones de problemas de manera rápida son solo ejemplos de las posibles maneras en como las diferentes formas de consciencia pueden facilitar o entorpecer el proceso de interacción con el mundo circundante.

Por último el cuarto criterio tiene que ver con la consideración de la subjetividad. La perspectiva de primera persona, y las dimensiones biográficas deben ser un componente esencial para entender como nuestra experiencia es más que una suma de elementos independientes. La subjetividad es una condición necesaria para que las distintas dimensiones de la consciencia puedan comprenderse de manera integrada.

Estos diferentes criterios son solo indicaciones para una posible teorización sobre nuestras maneras de conocer y de tomar consciencia del mundo y de nosotros mismos. Esperamos que esta propuesta sea evaluada de la manera como se evalúan todas las propuestas de conocimiento, en términos de las posibilidades que ofrezca para la toma de consciencia de nuestras más variadas formas de conocer y de ser en el mundo.

Referencias

- Bargh, J. A., & Pietromonaco, P. (1982). Automatic information processing and social perception: The influence of trait information presented outside of conscious awareness on impression formation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 437-449. <http://dx.doi.org/10.1037%2F0022-3514.43.3.437>
- Barreto, A. (2005). Arthur Schopenhauer: voluntad, inconsciente, estética y literatura en la cultura occidental del siglo XX. *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, 6, 141-152.
- Basin, F. (1972). *El problema del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Granica.
- Bisiach, E. (1992). Understanding consciousness: Clues from unilateral neglect and related disorders. En A. D. Milner & M. E. Rugg (Eds.), *The neuropsychology of consciousness*. (pp. 113-137). London, UK: Academic Press.
- Casado, C., & Colomo, R. (2006). Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la filosofía occidental. *A parte Rei. Revista de Filosofía*, 47, 1-10.
- Castillo, J. & Ruiz, G. (2004). El resurgimiento del inconsciente: su historia desde la psicología científica y el estudio del aprendizaje implícito. *Universitas Psychologica*, 3, 147-164.
- Cencillo, L. (1971). *El inconsciente*. Madrid, España: Marova.
- Cheesman, J., & Merikle, P. (1986). Distinguishing conscious from unconscious perceptual processes. En B. Baars, W. Banks, & J. Newman (Eds.), *Essential sources in the scientific study of consciousness*. (pp. 519-540). London, UK: The MIT Press.
- Colmenero, J. (2004). La atención y su papel en la experiencia consciente. *Anales de Psicología*, 20, 103-126.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1983). *Anti-Oedipus. Capitalism and schizophrenia*. Minnesota, MN: University of Minnesota Press.
- Descartes, R. (1641). Meditations on first philosophy. En Chalmers, D. (2002) *Philosophy of mind, Classical and contemporary readings*. (pp. 10-21). New York, NY: Oxford University Press
- Dijksterhuis, A. (2004). Think different: The merits of unconscious thought in preference development and decision making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87, 586-598. <http://dx.doi.org/10.1037%2F0022-3514.87.5.586>
- Dominguez, L, A., & Yáñez, J. (2010). El inconsciente, historia y posibilidades conceptuales. En J. Yáñez & A. Perdomo (Eds.), *Cognición y Consciencia*. (pp. 89-155). Bogotá, Colombia: Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Farah, M. (1995). Visual perception and visual awareness after brain damage: A tutorial overview. En N. Block, O. Flanagan, & G. Güzeldere (Eds.), *The nature of consciousness*. (pp. 203-236). London, UK: The MIT Press.
- Freud, S. (1973). *Obras completas*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Froufe, M. (1997). *Inconsciente cognitivo: La cara oculta de la mente*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Garavito, M. C., & Yáñez, J. (2010). Teorías contemporáneas del desarrollo de la categorización, manejo de perspectiva y noción de objeto. En J. Yáñez & A. Perdomo (Eds.), *Cognición y Consciencia*. (pp. 89-155). Bogotá, Colombia: Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Gobar, A. (1970). The phenomenology of William James. *American Philosophical Societ*, 114(4), 294-309.
- Gurwitsch, A. (1979). *El campo de la consciencia. Un análisis fenomenológico*, Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hassin, R. (2004). Nonconscious control and implicit working memory. En R. Hassin, J. Uleman, & J. Bargh, (Eds.), *The new*

- unconscious*. (pp. 196-221). New York, NY: Oxford University Press.
- James (1890). *Principios de psicología*. Madrid, España: Daniel Jorro Editor.
- James, W. (1902). *The varieties of religious experience: A study in human nature*. New York - London: Green and Co.
- Jung, C. (1995). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona, España: Paidós.
- Kihlstrom, J. F. (1987). The cognitive unconscious. *Science*, 237, 1445-1452. <http://dx.doi.org/10.1126%2Fscience.3629249>
- Kihlstrom, J. (1996). Perception without awareness of what is perceived, learning without awareness of what is learned. En M. Velmans (Ed.), *The science of consciousness: Psychological, neuropsychological, and clinical reviews*. (pp. 23-46). London, UK: Routledge.
- Lacan, J. (1981). *Seminario I*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Marcel, A. (1980). Conscious and preconscious recognition of polysemous words: Locating the selective effects of prior verbal context. En R. S. Nickerson (Ed.), *Attention and performance*, (Vol. 8, pp. 435-457). Hillsdale, NJ: Erlbaum
- Murphy, G. (1964). *Introducción histórica a la psicología contemporánea*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Myers, G. (1990). James and Freud. *Journal of Philosophy*, 87(11), 593-599.
- Piaget, J. (1961). *La formación del símbolo en el niño*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Piaget, J. (1985). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Madrid, España: Aguilar.
- Pinillos, J. (1989) Schopenhauer y la psicología. *Revista de Filosofía*, 2, 43-52.
- Russell, B. (1978). *Historia de la filosofía occidental*. Madrid, España: Espasa-Calpe S.A.
- Schacter, D. L. (1987). Implicit memory: History and current status. *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory, and Cognition*, 13, 501-518. <http://dx.doi.org/10.1037%2F0278-7393.13.3.501>
- Schacter, D. (1992). Implicit knowledge: New perspectives on unconscious processes. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 89, 11113-11117. <http://dx.doi.org/10.1073%2Fpnas.89.23.11113>
- Schacter, D. L. (1999). *En busca de la memoria. El cerebro, la mente y el pasado*. Barcelona, España: Sine Qua Non.
- Shorojova, E. V. (1963). *El problema de la consciencia*, México: Editorial Grijalbo.
- Sperry, R. (1968) Hemisphere deconnection and unity in conscious awareness. En B. Baars, W. Banks, & J. Newman (Eds.), *Essential sources in the scientific study of consciousness*. (pp. 161-173). London, UK: The MIT Press.
- Weinberger J. (2000). William James and the unconscious: redressing a century-old misunderstanding. *Psychological Science*, 6, 439-445. <http://dx.doi.org/10.1111%2F1467-9280.00286>
- Weiskrantz, L. (1991). Disconnected awareness for detecting, processing, and remembering in neurological patients. En B. Baars, W. Banks, & J. Newman (Eds.), *Essential sources in the scientific study of consciousness* (pp. 466-470). London, UK: The MIT Press.
- Wundt, W. (1913). *Sistema de filosofía científica*. Madrid, España: Daniel Jorro Editor.

Received July 6, 2011

Revision received September 2, 2011

Accepted September 19, 2011